

Me gustaría compartir con vosotros mi experiencia misionera aquí, en la tierra en la que estoy presente actualmente. La tierra que no puedo nombraros, y ni siquiera puedo deciros quién soy la que suscribe. Esto tal vez os suene irónico, ¿verdad? Pero para que lo entiendas y no me preguntes POR QUÉ... continúa leyendo y tal vez puedas entender la razón.

Soy Thalia (ese no es mi verdadero nombre). Soy una de las jóvenes misioneras de nuestra congregación. Cuando me pidieron esta asignación hace un año, no lo pensé dos veces para decir que sí. A pesar de que mi padre estaba enfermo, me ofrecí para ir y ampliar mi perspectiva como misionera. Me estaba preparando espiritual, física y emocionalmente para esta misión. Sabía desde el principio que sería diferente de mis misiones anteriores en las que he estado. Somos enviadas aquí en la clandestinidad, no somos libres de mostrar nuestra propia identidad. Y esto no es una tarea fácil cuando las creencias y el credo no pueden revelarse a los demás... Ahí viene el desafío... Ser un misionero no es sólo adaptarse a la cultura, la comida, el clima, el lenguaje y las tradiciones. Sin embargo, ser un misionero es estar listo para enfrentar los desafíos de ser "enviado". En una situación como esta siempre recuerdo la primera comunidad cristiana que ocultó su identidad como cristianos, porque cuando su identidad salió a la luz, siguieron las opresiones de los cristianos. Puede que no haya persecuciones que ocurran, pero puede que haya otras consecuencias que puedan ocurrir cuando se revelen nuestros propósitos. ¿Pero cómo vivimos así...? La respuesta es la PRUDENCIA. Ser prudentes con lo que llevamos puesto, ser prudentes con lo que decimos, ser prudentes con el lugar al que vamos. También tenemos que considerar prudentemente el uso de los medios de comunicación social, ya que tenemos que limitar algunas áreas propias debido al peligro de ser controladas.

Incluso en mi clase nadie sabe quién soy, tengo que decir una "mentira blanca" sobre mí y mi propósito aquí. Sólo digo que me gustaría buscar un trabajo aquí, quizás enseñando si hay oportunidades, y la gente queda satisfecha. Un día, como siempre en nuestras lecciones anteriores, tuvimos que escribir nuestras opiniones sobre la vida. Escribí mi opinión en inglés y le pedí a una de mis hermanas de la comunidad que me la tradujera. Cuando llegué a la clase el profesor me pidió que leyera mi trabajo. Después de leer mi tarea, de repente, sin dudarlo, la maestra me preguntó "¿eres hermana?" ¡MADRE MÍA! Mi corazón latía tan rápido que no sabía qué pasaría después... pero lo miré y le dije "No". Y tuve la pregunta que siguió: "¿pero eres católica?" Le dije con confianza que sí, y le dije que el 85% de los ciudadanos de mi país son católicos. Después de esa escena me preguntaba a mí misma cuáles eran las traducciones de mi hermana para que mi profesor me hiciera esa pregunta. Y descubrí que la palabra "gracia" captó la atención de mi profesor llevándolo a preguntarme. Es realmente una gracia vivir entre la verdad y la media verdad, aunque me presiona. Me esforcé mucho motivándome para aceptar este tipo de realidad en la que estamos.

Aunque nuestras realidades son únicas, la comunidad se esfuerza por hacer que cada una experimente la normalidad de la vida como misionera. Afortunadamente sólo hice unos pocos días de adaptación, gracias a la ayuda de las hermanas de la comunidad pude adaptarme fácilmente. Uno de los mejores ajustes que hice fue atravesar las calles; adquirí el talento de atravesar las calles aquí. Aprendí a cruzar las calles llenas de vehículos y motocicletas de diferentes tipos. Pensé que no podía hacerlo por mí misma, mis primeros días fui acompañada por una de los miembros de mi comunidad para pasar, pero sería demasiado si todos los días lo hicieran por mí. Tenía que tratar de hacerlo por mi cuenta. Al principio me dije "no, no puedo..., no las atravesaré..." pero ¿cómo llegaré a mi destino si no supero mis miedos al cruzar estas calles tan transitadas? Los coches no se detendrán, hasta que aprenda a hacerlo. Es realmente un talento cruzar y evitarlos.

La comida no es un problema para mí, mi paladar puede ajustarse fácilmente a los diferentes sabores de la comida; picante, muy picante y demasiado picante, dulce y no tan dulce, y los gustos de diferentes tipos de "hierba" y hierbas. Es una cuestión de ajuste, adaptando mis papilas gustativas a la comida que la gente suele comer.

Dos días después de aterrizar empecé a estudiar el idioma: cuatro horas de clases intensivas. Antes de venir aquí aprendí algunas palabras básicas, pero no lo suficiente para sobrevivir. Es bastante difícil, tal vez no para los que aprenden rápido porque tienen un don especial para el lenguaje. La mayor parte del tiempo mi lengua se trababa pronunciando las palabras con los muchos altibajos de la entonación. Muchas veces pronuncio las palabras incorrectamente y me río de ello, aunque era la única que se reía ("suena a locura"), pero en caso de necesidad, me arriesgo. Cuando no puedo leerlo bien, le pido al profesor que lo lea para que lo entiendan.

Por eso nunca me doy por vencida... cuanto más lo tomo con calma, más paciencia en recordar los sonidos, en escribir, en leer y en hablar. Afortunadamente he tenido un buen grupo de compañeros y profesores, y aprender juntos se hizo más ligero. Hasta el final de mis clases nadie conoce mi verdadero ser, excepto uno de mis amigos católicos convertidos que sabe de nosotros y se convirtió en nuestro benefactor aquí. Mis profesores pueden percibir la verdad sobre mí, pero continuará oculta a sus ojos más allá de su comprensión del "verdadero yo".

En esta situación quizás me preguntarán: "¿Cómo es la misión y el apostolado de nuestra comunidad?" Hacemos varios apostolados visitando a los enfermos, visitando hospitales, conociendo a mujeres embarazadas, asistiendo a una institución para niños, enseñando inglés, y todas las formas posibles en las que podríamos encontrarnos con la gente. Y otros seguirán preguntando "¿qué hay de las campañas vocacionales, encuentros con los jóvenes?" Tenemos que pedir ayuda a las parroquias, sacerdotes, hermanos y laicos para que nos recomienden a las señoras que se inclinan por esta forma de vida. Sería un riesgo aceptar a las chicas sin ninguna recomendación. Todo esto lo hacemos a escondidas, no podemos exponernos a la luz del sol, "podríamos quemarnos inmediatamente". Debemos caminar sin estar notadas por los demás. Es bastante inquietante, pero mientras lo hagamos con prudencia y no hagamos cosas que llamen la atención de los demás, estamos lejos de cualquier peligro.

Sin embargo, vivimos aquí con regularidad, podemos ir a misa, podemos ir al mercado, a los centros comerciales, podemos usar el transporte público, podemos asistir a nuestras clases y encontrarnos con nuestros amigos y otras comunidades. Podemos sonreír, reír y dormir tranquilamente; hacemos nuestra vida aquí lo más normal posible. El miedo nos visita de vez en cuando, pero gracias a Dios el miedo sólo nos visita y se va.

Mi estancia como misionera aquí no es perfecta. Tengo muchos defectos y limitaciones, pero intento que mis defectos e imperfecciones me enseñen a ser un mejor individuo y misionero. Ser misionero no es cuestión de sobrevivir, sino de llevar a la persona de Cristo aún en medio de las limitaciones y barreras.

Nuestra existencia en esta tierra es como en el Evangelio de Lucas 11:33 que: "Nadie, cuando enciende una lámpara, la pone en un sótano o debajo de un cesto, sino sobre un candelero, para que los que entren vean la luz".

La luz que traemos está parpadeando para encontrar la forma de extenderse en medio de la oscuridad y las incertidumbres. Que tal vez de esta manera estamos a salvo gracias a la cubierta de la cesta, que si se quita nuestra luz podría extinguirse y perdemos la vista. Nuestra luz es demasiado pequeña en medio de la oscuridad. Ciertamente, lo único que podríamos hacer, para quienes están leyendo esto, es rezar incesantemente por la misericordiosa y constante guía de Dios para dejarnos existir, anunciando la belleza de Dios en esta tierra. Como dice nuestro Padre Fundador, "la oración es la única medicina que le queda a la Iglesia". Tenemos que tomar siempre esta medicina para mantenernos valientes y vivos.

Espero que al leer esto podáis entender y adivinar quién soy y dónde estoy ahora. No es necesario decirlo o escribirlo. Sólo guárdanos en tu corazón y reza una pequeña oración para que nuestra misión aquí dure hasta que podamos quitar con confianza la tapa de nuestra lámpara encendida para que otros "que vengan puedan ver la luz".